

Las nuevas relaciones
con Latinoamérica

EL reciente acuerdo logrado por el gobernador del Banco de España en Acapulco, por el que nuestro país se integra ante el Fondo Monetario Internacional en un nuevo grupo y un español accede a una de las direcciones ejecutivas del Fondo, representa mucho más que «una prueba más de la tradicional amistad con las repúblicas hermanas de Hispanoamérica». El anterior tópico ha sido repetido en demasiadas ocasiones como para merecer un grado mínimo de credibilidad. Sin embargo, en el momento actual sí puede afirmarse sin triunfalismo alguno que nunca han sido mejores —y con resultados económicos tangibles— las relaciones entre España e Hispanoamérica.

La integración de España en el grupo formado por Méjico, Venezuela y las repúblicas centroamericanas es el colofón de un proceso que se ha acelerado notablemente en los dos últimos años. Desde el ambicioso proyecto de construir un amplio ferrocarril en Venezuela hasta el acuerdo petrolero que permitirá importar petróleo de la URSS mientras Cuba lo hace de Venezuela, pasando por la creciente presencia de la banca española en esa zona del mundo, España se ha convertido en el socio comercial por excelencia de América latina.

Qué duda cabe que en ese proceso han influido poderosamente los viajes de Sus Majestades los Reyes a esas tierras, así como los del presidente del Gobierno. En estas visitas, la retórica ha ocupado un plano secundario ante la consecución de acuerdos concretos, al mismo tiempo que se potenciaba la política internacional española y se ofrecía al mundo la imagen de la «nueva España».

Por otra parte, esta presencia española no ha supuesto en absoluto un debilitamiento de nuestros lazos con Europa. Ante una coyuntura histórica difícil pero irreversible —la adhesión española a la Comunidad Económica Europea—, la cifra de nuestros intercambios comerciales con Hispanoamérica constituye una importante baza de nuestros negociadores en Bruselas. Tal como afirmaba el gobernador del Banco de España ante la culminación del acuerdo de Acapulco, «España va a potenciar su papel de puente entre el mundo industrializado y las naciones en desarrollo». La afirmación del señor Alvarez Rendueles constituye una prueba más del pragmatismo con el que se vienen desarrollando las nuevas relaciones entre España y el continente americano.

El lujo de las reparaciones

EL próximo miércoles, día 27, se deben pronunciar las Cortes sobre el Proyecto de Ley del Impuesto de Lujo que grava a los automóviles. El tal proyecto —que se comenta mañana en la «Página del Automóvil»— es sobrecogedor y, a buen seguro, gravemente lesivo para nuestra industria automotriz, pero tiene otra faceta, otra vertiente a la que debemos referirnos desde aquí con especial énfasis. Se trata, nada menos, que de cargar con un veinte por ciento las piezas de recambio para automóviles de turismo.

No se le ocultarán a nadie los peligros de toda índole que tal gravamen comporta. Los automovilistas irán dilantando en el tiempo las más necesarias reparaciones; con frecuencia se utilizarán piezas viejas, de segunda mano, para sustituir las averiadas; a buen seguro aparecerán recambios «piratas», no homologados, ni con la garantía de la fabricación por la marca del coche. Estos y muchos otros desafortunados supuestos serán realidad por el hecho de querer llevar la recaudación hasta sus extremos más desafortunados. ¿De cuándo acá es un lujo reparar un vehículo en cualquier país civilizado?

Hay, además, un problema de base: ¿Cómo se diferencian las piezas de un automóvil de turismo de una furgoneta de la misma marca? Y es de suponer, desde luego, que los vehículos industriales derivados de turismos no van a sufrir tal gabela. ¿Habrá que teñir los recambios como se tiñe la gasolina de distinto octanaje?

Parece que, en este caso, el afán recaudador ha llegado demasiado lejos, tanto que compromete la propia seguridad de los usuarios de vehículos e incluso de cuantos transitamos por las vías públicas.

Hasta ahora el Impuesto de Lujo sólo gravaba los accesorios «que tengan como finalidad el ornato, decorado o comodidad», pero, si los diputados no lo impiden, se va a equiparar la sustitución

«C'est la faute de...»

Breve reflexión para arzobispos

YA no sé cuántos años hace que algunos cristianos vigilantes empezaron a dar la alarma: las «masas» abandonaban la Iglesia. Alguien llegó, incluso, a titular un libro «Francia, país de misión», aproximadamente como si los Estados que un día pertenecieron al Rey Cristianísimo fuesen un Congo o una China paganos. Pero se trataba, en aquel momento, de una exageración. Las muchedumbres, en los mismísimos países oficialmente «laicos», continuaban yendo a misa cada domingo y cumplían el precepto pascual. Decían otras devociones: novenas, trisagios, reservas. No mucho, de todos modos. Al fin y al cabo, el efecto «devastador» de Voltaire y de Rousseau —«c'est la faute à Voltaire, c'est la faute à Rousseau!»— fue mínimo. Bien mirado, Voltaire, Rousseau y los demás apenas tenían lectores populares, en unas sociedades tiernamente analfabetas y, por tanto, más sensibles al sermón que al libro. La «descristianización» de la gente apenas ha tenido nada que ver con la heroica campaña «de las Luces». El problema del clero, hoy, no es de apologética.

Y no lo es porque nadie se plantea el asunto en términos teóricos o doctrinales. O sólo cuatro gatos. De vez en cuando lo discute con amigos tonsurados y entregados al ejercicio pastoral. Hay una oportunidad espectacular: la encuesta. Hecho técnicamente el muestreo y recogidas las contestaciones, ante la pregunta de «¿Usted cree en Dios?», un alto, muy alto porcentaje de respuestas serían aún afirmativas. Y no sólo en la actual España de Franco, escolarmente menéndezpelayesca: en la propia Francia de Giscard, heredera —«malgré lui»— de la toma de la Bastilla, y de Voltaire y Rousseau y etc. Lo que ya no resultaría tan evidente es que esa afirmación de creencia correspondía, ni en España ni en Francia, ni en Italia, a unos índices regulares de «práctica». Eso salta a la vista. El «creyente» y el «practicante» no coinciden tanto como quisiera el episcopado. Y ahí voy. Porque, puestos a creer, nunca se sabe qué se acaba creyendo.

La gana de «creer», pese a Voltaire, a Rousseau y a sus secuaces, entre los que me cuento, no ha disminuido. Ni mucho menos. Ha habido una transferencia de dogmas: disminuyen los católicos, se estabilizan los evangelistas, aumentan los testigos de Jehová, y me abstengo de hacer cálculos acerca de los Adventistas del Séptimo Día, los mormones, o esa graciosa pandilla de rapados que circula por las Ramblas con su salmodia jovial, adoradores de sólo Dios sabe qué Dios. La gente necesita creer, y cree en lo que se ofrece. De momento, parece que el relativo éxito de las «sectas» no debería inquietar a las autoridades eclesiásticas de siempre. Personalmente, opino que sí: que es lo único que tendría que ponerles carne de gallina. El «ateo» no es el enemigo. Lo repito. Se despepitaron desde los pulpitos contra Voltaire —que, por lo demás, fue un teísta vulgar y corriente—, y ahora tropiezan con la competencia de una pululación de «religiones» notablemente pintoresca. Uno, que ve los toros desde la barrera, no comprende por qué un ciudadano de estas latitudes se traslade de su catolicismo bautismal a ofertas tan chistosas como el Adventismo, el Testimonio o Buda. ¿Qué falla en la tradición católica local, cuando de ella no se desprenden «ateos», sino «creyentes» que buscan cambiar de dioses? El fracaso es de los arzobispos y de los ateos: simultáneo, correlativo y hasta homólogo.

Existen otros «pero». Los chicos prefieren las discotecas a las Cuarenta Horas. Es una fórmula para describir el hecho, y lo purpurados que se dignen leerme habrán de reconocer que pongo el dedo en la llaga. La obvia «descristianización» general no se debe, ¡ay!, ni al denostado Voltaire, ni al desconocido Rousseau, ni a ningún fulano de esta especie. Estos individuos hicieron mella en círculos minoritarios, y tan minoritarios que ni siquiera son perceptibles, a nivel del censo electoral o de encuesta rutinaria. Los predicadores sin imaginación les anatemizaron: no había falta. La feligresía no sabía leer, y fue impermeable a las diabólicas argucias del «racionalismo». Pero vino lo demás: la discoteca, la televisión, el cochecito celestinesco, la radio-cassette, y, antes, el cine, y después, lo que venga. La corrosiva actitud de Voltaire, pongo por caso reiterativo, no significa nada frente a una discoteca comarcal. La clientela de este tipo de establecimientos ni cree en Dios ni deja de creer en Dios: se encoge de hombros. Vive sin Dios. Y, por supuesto, vive sin Buda, aunque, a ratos perdidos, se entreguen el yoga o a cualquier otra estupidez oriental. Las «funciones religiosas» han sido canceladas, y no porque el Vaticano II las margina, sino porque la discoteca se ha convertido en lo que antaño fue la parroquia. No ha de sorprendernos que la discoteca sea más atractiva que la parroquia. Sus Eminencias Reverendísimas ya lo saben.

Y es a lo que voy en esta nota. La «descristianización», no sólo de las «masas» —del proletariado, por ejemplo—, sino sobre todo la de los «hijos de familia», básicamente burgueses, no proviene del entusiasmo laico de la modesta izquierda intelectual que deriva de Voltaire o de Rousseau. Ni de Marx, ni de Lenin, ni de Trotski, ni de Mao. Los chicos se entregan a la música de su gusto, y al porro, y a la fornicación eventual, y a la ecología, y al zen, y a unas cuantas docenas más —no muchas— de entretenimientos psicósomáticos bastante confusos. En las curias diocesanas, estas peripecias diarias todavía no han sido digeridas. Los muchachos y las muchachas ya no utilizan el rosario y sus letanias (¡tan bonitas!). Más aún: ignoran quién fue Moisés, y Lot como Noé son referencias de crucigrama, y el Cristo crucificado, a lo sumo, es un equivalente de Espartaco, del Che Guevara o de Agustina de Aragón. Si yo fuese obispo, me plantearía la cuestión a un nivel más pragmático. Un «long-play», cualquiera que sea su contenido —la murga habitual y la letra idiota—, es ya, de entrada, una enemistad con las vicarias. Y dicho sea de paso: los clérigos han renunciado al gregoriano y a Palestrina. Las zarzuelas litúrgicas redondean la justificación final: el refugio profano de las discotecas.

Los Ordinarios del Lugar tienen mala pieza en el telar. Desde sus catedrales a sus ermitas, ya han advertido una baja notable de asistencia y de asiduidad. El personal pío, a menudo, emigra a las «sectas», y el otro, se olvida de la piedad, básicamente gracias a un tocadiscos o a un televisor. Los párrocos rurales ya se han hecho cargo de la dificultad. Renuncian a los triduos y a las novenas, ante un elepé. En las zonas urbanas siempre perdura un residuo de creyente culto. No son muchos. Cuando subo a Barcelona, por curiosidad, y para pasear, visito iglesias: en las ceremonias, gran parte de los participantes, si no todos, son ciudadanos que, puestos a saber leer, hasta leen catalán. No me sorprendería que también hubiesen leído a Voltaire, y lo hubiesen olvidado. Pero ¿y los que no acuden a la celebración de los misterios? Cuantificados: los más. Y no porque hayan leído a Voltaire. Peor aún: además de no tener ni zorra idea de Voltaire, recibieron una educación «cristiana» en colegios de pago y en la escuela nacionalindustrialista... Insisto: la discoteca. La discoteca no es el prostíbulo de las generaciones anteriores. Es otra cosa. Y, en definitiva, es algo más eficaz que el «Diccionario Filosófico Portátil» de monsieur Arouet...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA SUCIEDAD DE LOS TRANSPORTES PUBLICOS

Señor Director:
Por lo visto, la Sociedad Municipal de Transportes va hacia el «self-service» total: no sólo se encargan del cobro los mismos ciudadanos sino que también se cuidan de la limpieza. Y si no, no tiene más que mirar aquellas zonas donde no llegan la espalda o las manos del sufrido contribuyente. Si se quiere promover el uso de los transportes públicos, éste es un tema que hay que cuidar.
Barto MIRALLES

LOS PREMIOS «CIUDAD DE BARCELONA»

Señor Director:
Con profundo desagrado he leído la noticia, publicada por su periódico el día 21, sobre las acusaciones de don Jorge Castillo al renunciar al premio «Ciudad de Barcelona», en carta al delegado de Cultura del Ayuntamiento, Joan de Sagarra.
Su primera acusación contra el profesor y crítico de arte Cirici Pellicer resulta ridícula cuando ya quedó probado en su día que los cargos carecían de la mínima base, y cuando ni la opinión privada ni la pública les dieron el más mínimo crédito, a causa de la bien comprobada honradez del actual senador. A todo el mundo puede estarle un artefacto cerca, o un caso de corrupción, y no por ello hay que hacerle responsable de que estalle.
No menos absurda es la acusación del señor Castillo contra el hecho de que Albert Ràfols Casamada estuviese en el jurado que concedió el premio a la mujer de éste, la pintora María Girón. Quien conoce la línea de absoluta honestidad y de casi excesiva humildad que caracteriza al gran pintor y poeta catalán, sabe que él nunca pudo influir (y posiblemente guardó el paradigmático silencio que todos los conocemos), en la elección de una de nues-

tras artistas que más y mejor ha trabajado a lo largo de muchos años, y que requería este reconocimiento ciudadano. Por otra parte, a nadie se le oculta que, en una sociedad cultural tan pequeña como la nuestra, es imposible que no existan lazos de parentesco, de estrecha amistad o de intereses profesionales, entre quienes juzgan y son artísticamente juzgados. Por no hablar de la concepción decimonónica que el señor Castillo parece tener sobre el matrimonio.
Veo demasiado claramente que el señor Castillo busca el escándalo para beneficiarse. Creo, en consecuencia, que esta carta al director de «La Vanguardia» le paga con creces su ansia de notoriedad.
José María CARANDELL

NO A LA TOLERANCIA EN LOS APARCAMIENTOS

Señor Director:
Parece increíble que «La Vanguardia», diario reputado de sensato, aalga en defensa de los que con tanta tranquilidad vulneran las normas de tráfico y fomentan así la anarquía circulatoria barcelonesa que, increíblemente también, su editorialista pone en duda.
Podría alguien lamentarse de que la «ingrata operación» se ponga en práctica sin previo aviso o con «alevosía» si los causantes de la anarquía no fueran poseedores de un carnet de conducir, documento que obliga al cumplimiento y respeto de las reglas en la materia.
Antes cabría preguntarse por qué el Ayuntamiento ha mostrado tanta negligencia y tolerancia hasta ahora, tolerancia que no podía conducir a otra cosa que a hacerse cómplice de un derecho mal adquirido.
Sorprende también que la ingrata medida vaya a aplicarse sólo en el Ensanche. ¿Ignoran sus editorialista y el Ayuntamiento que en muchas calles de otras zonas no le queda al peatón otra alternativa que circular por la calzada? ¿Podría su editorialista aclarar a quién habría que imputar la responsabilidad de un atropello en tales circunstancias? ¿Al conductor que ocupa la acera? ¿O a las autoridades que han consentido tal estado de cosas? Me atrevería a asegurar a usted que, en cualquier país donde la democracia, en la que también se alude en su editorial, es entendida como respeto mutuo, un buen

abogado podría sacar no poco partido de una situación como la que planteo.
J. SALADRIGAS

N. de la R. — Nuestro editorialista pretendía, fundamentalmente, reprochar al Ayuntamiento la inexplicable celeridad con que ha puesto manos a la obra. Buena o mala, la tolerancia existía desde hace años y no parece que haya sido cuestión de vida o muerte «degollarla» en secreto. No costaba nada advertir con un par de días de anticipación. Eso es todo. Por lo demás, debe aspirarse, en las ciudades como en todo, a una organización racional. No hay capital importante en el mundo que no adopte posturas de transigencia, para automovilistas y peatones, cuando un cierto grado de infracción no molesta a nadie. Entre el blanco y el negro está el gris, tan sedante y apaciguador.

«EL DRAMA DEL PEQUEÑO EMPRESARIO»

Señor Director:
Reciba usted mi más efusiva felicitación y aplauso, si cabe, por la inserción tan interesante, acertadísima y de una verdad aplastante, como es el escrito a modo de «columna» que con el título «El drama del pequeño empresario», apareció en su periódico del día 13 de los en curso.
Quisiera yo con estas líneas estimularle a usted, aunque creo que no le hace falta, para que con su singular maestría siga publicando verdades como templos, como es la que nos ocupa, lo que tanto necesitamos los españoles en los momentos actuales de puro confusionismo e incompreensión.
Eduardo BOADA MERCADE

Señor Director:
Le felicito de todo corazón por el magnífico editorial de ayer, «EL DRAMA DEL PEQUEÑO EMPRESARIO», que nadie ha pulsado con tanto realismo. Este drama viene agravado además por la imposibilidad de cesar en su negocio de una manera civilizada, debiendo soportar el peso de unas indemnizaciones imposibles, protegidas por abogados laborales que «cobran el tanto por ciento», y bendecidas por las Magistraturas de Trabajo.
P. M. S.

LA SEGURIDAD SOCIAL Y LA DEMOCRACIA

Sr. Director:
En la sección de cartas al Director del 15 de los corrientes, don A. Olmo de Borrás, comenta la corrupción en la Seguridad Social. Intercala en su escrito la frase... «¿esto es la democracia? Permítame que me ría».
Soy de los que creo que, gracias a

esta minidemocracia nos enteramos que el «caos y la corrupción en la Seguridad Social» viene ya desde su implantación.

Me permito recomendar a don A. Olmo de Borrás la lectura de la «Carta abierta al Director» del periodista Augusto Assia de la misma fecha, con el título de «La administración de los fondos públicos» del que transcribo el siguiente párrafo... «Como se consideran salvadores del país, las dictaduras naturalmente se consideran con derecho a hacer mangas y capirotos del dinero público...»

Me temo que las cuentas de la Seguridad Social, entran de lleno en estas «mangas y capirotos», y no precisamente por la democracia.

UN CIUDADANO CUALQUIERA LAS FIESTAS DE LA MERCED

Señor Director:
Al leer el programa de las Fiestas de la Merced se me ocurre: ¿es lógico que se organicen unas fiestas, estando Barcelona tan sucia y esquerosa? ¿No sería más conveniente que el dinero que se va a gastar en los actos proyectados se dedicara, por lo menos en una parte, a limpiar la ciudad?
Como barcelonesa de pura cepa, me indigna ver la porquería en que está inmersa nuestra querida Barcelona.
Creo que a las manifestaciones patrióticas deberían de seguir más actos positivos y por parte de todos.
María de DOMENECH ROMA

CATALAN Y RELIGION

Señor Director:
Le agradeceré me permita contestar a la carta publicada sobre la enseñanza del catalán y la de la religión solamente para recordar que son justamente los derechos humanos el texto que declara la absoluta libertad de religión.
No creo que se pueda imponer a nadie religión alguna en países verdaderamente libres y con ello sigo el criterio manifestado por los últimos Papas en múltiples ocasiones. No creo tampoco que la religión sea una «asignatura» que hay que aprobar si no algo mucho más profundo, íntimo y serio.

En cuanto a vandalismos, atracos, orgía, dictadura a todos los niveles y muchos otros tipos de violencias los veo en todos los siglos de la historia, y la religión como sistema de gobierno no los pudo evitar a causa de la naturaleza pecadora de los hombres. Acaso Enrique VIII con su desenfreno sea el exponente claro de que la religión no debe manipularse para fines políticos.
Dejemos a cada uno obrar según conciencia ya que todos y cada uno nos trazamos nuestra propia senda y dejemos predicar libremente y con sinceridad a quien corresponde.

M. MARTINEZ

de unos frenos a la instalación, pongamos por caso, de aire acondicionado.

Contrasta extraordinariamente este criterio con el que se anuncia, con carácter general, en el preámbulo del proyecto de ley, cuando dice: «En el impuesto de Lujo se ha considerado necesario realizar una profunda depuración de los conceptos gravados, procediendo a eliminar aquellos que no correspondan al fundamento de este impuesto...».